

CELCIT. Dramática Latinoamericana 324

ALLENDE LA MUERTE DE UN PRESIDENTE

Rodolfo C. Quebleen

PERSONAJES: M (1) / F (0)

Allende

En memoria de Carmen Rholand

El monólogo se desarrolla durante la última hora o algo más de vida de Salvador Allende, Presidente de Chile, en el Palacio La Moneda, sede del gobierno andino, durante el golpe militar que abolió las estructuras constitucionales del país y estableció un régimen de fuerza por un período de 17 años, al precio de miles de vidas. Es el 11 de septiembre de 1973.

Allende ingresó al edificio a las siete y treinta de la mañana y su muerte se produjo alrededor de las dos de la tarde.

El tiempo cronológico de los hechos ocurridos durante esa mañana está roto.

También se incluyen comentarios expresados por Allende en otras oportunidades.

El discurso de despedida es un fragmento del original, transmitido en directo por Radio Magallanes.

Allende cambia de temas rápidamente y mezcla presente y pasado. Lo hace con coherencia y energía. Es una carrera contra el tiempo para pasar revisión a su gestión de gobierno, analizar su situación actual e incursionar en recuerdos personales. En algunos momentos el monólogo impresiona que es un diálogo con el fusil con el cual trata de combatir.

Deberá figurarse un balcón hasta el nivel del piso al foro y una puerta de

regulares dimensiones en cada uno de los laterales. Hacia el centro, un escritorio amplio, con varios teléfonos y un aparato de radio modelo de los años 70.

También un rollo de cartulina tamaño diploma. Detrás del escritorio, un sillón.

Otro en el lateral izquierdo. Sobre el piso un par de sillas volteadas. Objetos varios esparcidos desprolijamente.

Se escucharán estallidos de bombas, disparos de fusiles, ráfagas de ametralladoras, ruidos de aviones y vehículos de tracción pesada, como tanques.

El diálogo inicial entre el general Augusto Pinochet y el almirante Patricio Carvajal es una grabación original. También lo es la de Salvador Allende al final del monólogo.

Mientras el público ingresa a la sala se escuchará la música del tango 'Salvador Allende', de Astor Piazzola. El director puede elegir otro tema musical, si lo desea, o suprimirlo.

Con el escenario en total oscuridad se escucha el diálogo entre el general Augusto Pinochet y el almirante Patricio Carvajal.

Pinochet: Rendición incondicional, nada de parlamentar... ¡Rendición incondicional!

Carvajal: Bien. Conforme. Rendición incondicional y se le toma preso, ofreciéndole nada más que respetarle la vida, digamos.

Pinochet: La vida y su integridad física y enseguida se le va a despachar a otra parte.

Carvajal: Conforme. Ya... Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país.

Pinochet: Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país, pero el avión se cae, viejo, cuando vaya colando...

Carvajal: Conforme... (Ríe.) Conforme.

Comienza a iluminarse el escenario. Se oyen estruendos de bombas y disparos de armas de fuego desde livianas a pesadas. Allende está hablando por teléfono. Tiene puesto un suéter de cachemira, de cuello alto, color gris; pantalones de paño, grises; saco de tweed, también gris. Del bolsillo superior asoman las puntas de un pañuelo rojo. En la cabeza, un casco militar norteamericano, con las correas de seguridad sueltas, que se quitará y pondrá de acuerdo a las instrucciones del director.. Calza sus clásicas gafas de marco negro y grueso y carga de un hombro, sostenido por su bandolera, un fusil tipo AKA.

ALLENDE: (Contundente.) ¡Pinochet tiene que entender mi mensaje!... El presidente de Chile no se rinde y sólo recibe en La Moneda. Si quiere que nos entrevistemos, ¡que no sea maricón y que venga a buscarme!... ¡Que no olvide que soy su jefe!

(Sin escuchar la respuesta, deposita el auricular en su base con un golpe fuerte.) Pinochet... ¡Traidor de mierda!... Y yo preocupado que hubiera sido detenido.

(Protesta.) El detenido soy yo. Cómo se habrán reído los carabineros al saludarme esta mañana cuando entré al edificio. (Suspira con un dejo de desafío.) ¡Cuánto habrán gastado los norteamericanos para comprar a estos mierdas!... (Contabilizando.) Pinochet, Merino, Leigh... ¡Tres carajos!... (Se acuerda de otro nombre.) Ah, y Mendoza, que se nombró a sí mismo Jefe de Carabineros. Cuatro traidores que se vendieron a quienes se alimentan con el hambre de los chilenos... (Como confirmando.) ¡Los norteamericanos los compraron porque están en venta como las putas!...

(Toma el rollo de cartulina y golpea sobre el escritorio para acompañar lo que dice. Cuando se da cuenta lo retorna al escritorio).

(Al fusil.) ¡Por qué!... Siempre los respeté y nunca los desprecié como ellos lo hicieron conmigo y con el general Prats, su propio comandante. (Pausa). Buen soldado Prats. Pero lo humillaron y debió renunciar. (Irritado.) Cabros del carajo, mandaron a sus mujeres a que lo insultaran... ¡Nunca imaginé que los generales de Chile fueran tan cobardes!... ¡Pobre Prats!... (Lento.) Lloró y cuando un general llora quiebra su espada. (Pausa.) Conozco algo de esto porque también

llore cuando los mineros dudaron de mi palabra, porque no entendían que no podían marchar más rápido que el país.

(Al fusil.)

El golpe de Prats fue en contra de mí. Sabían que sin él me iba a quedar sin una pierna. Pero si Prats no hubiera renunciado habría estallado la guerra civil. Y ninguno de los dos queremos sangre, pero nos engañamos al creer en la obediencia de los milicos y nos quedamos solos.

(Suenan unos cañonazos. Refiriéndose al mismo.)

Así se escribe la primera página del Chile nuevo con el cual sueño... No comprenden que queremos una revolución en democracia y confunden revolución con comunismo y se asustan. Cuando terminen de matarnos comprenderán que las balas tienen memoria de plomo...

(Suenan unos teléfonos. Se apresura a contestar la llamada. Sorprendido.)

¡Almirante Carvajal! (Respuesta.) Lo escucho. (Reacciona con irritación.) ¡Pero ustedes qué se han creído!... ¡Métanse el avión por el culo!... ¡Usted está hablando con el Presidente de Chile y el Presidente de Chile no se rinde!... ¡Entiéndalo usted y dígaselo a los otros traidores!... ¡Salvador Allende no se rinde!...

(Cuelga el auricular con notoria brusquedad.)

Esta mañana entré a La Moneda por la puerta principal, como Presidente de Chile y sólo saldré por la misma puerta y como Presidente de la Nación. Yo no huyo en pijamas ni golpeo las puertas de las embajadas.

(Nuevos cañonazos.)

Un golpe perfecto. Me encerraron en La Moneda. (Al fusil, como confiándole un secreto.) Apenas unos pocos amigos que deben marcharse... La soledad no es estar solo, ¿sabes?, sino es los sueños que dejan de ser sueños, los amigos que mueren y los que ya no son amigos...

(Como si recordara a alguien que no está presente.)

¿Y Letelier?... ¿Dónde está Orlando? (Como buscando a Letelier.) Lo envié esta mañana al Ministerio de Defensa y no ha regresado ni llamado por teléfono.

(Arriesgando.) A lo mejor estos cabros lo han detenido. (Con temor.) Espero que

sólo eso haya sucedido... (Temeroso.) Hum... (Lento.) Ahora estar preso puede ser algo peor que la muerte.

(Toma un auricular y hace una llamada.)

Soy Allende. ¿Qué se sabe de Letelier? (Escucha la respuesta.) Intente otra vez. Necesito saber qué pasó con Letelier. (Para sí.) Soy responsable por su vida.

(Respuesta.)

¡Claro!... Como nosotros nunca sabemos qué cosas están sucediendo, esta mañana no nos enteramos que los milicos tomaron el control del Ministerio de Defensa. (Aumenta su irritación.) Tampoco supimos que la Flota del Mar abandonó las maniobras con los norteamericanos y regresó a Valparaíso, porque los marineritos también están metidos en esta mierda. (Al fusil.) El Pentágono debió avisarnos, era su deber, ¡pero ni una palabra!... Nixon y Kissinger ya habrán anunciado que fueron sorprendidos por la noticia. (Sarcástico.) Por supuesto que fueron sorprendidos... El golpe estalló diez minutos antes de la hora ordenada por ellos.

(Ruido de aviones. Mira hacia arriba.)

Los aviones de Leigh. Están practicando para no fallar el blanco cuando llegue el momento de matarnos. (Al fusil.) ¡Yo mismo lo condecoré a este cabro!...

¡Imagino lo que hizo con la medalla!...

(Más cañonazos. Como analizando la situación.)

Como no me rindo bombardean La Moneda conmigo adentro, me matan y los escombros son mi tumba. Una solución perfecta para el problema que les signifíco. Seguro que después cada quien tendrá su propia versión de mi muerte, pero voy a joderlos a todos, ¡porque voy a morir sólo una vez y esa muerte será mía!...

(Disparos de fusilería.)

Ya no quedan militares leales al gobierno para defender a Chile. Los legalistas estarán presos o muertos, porque para estos carniceros no existen límites ni lealtades. ¡Si hasta mataron al general Scheineder sin importarles que era su Comandante en Jefe porque creyeron que con su muerte me cerraban la puerta de La Moneda!...(Aumenta su indignación.) Fue la primera gran idea de la CIA

para cortarme el cuello, porque no le importó nunca cuántas veces fallaba porque sabía que me encerraría en la trampa de mi decisión de no utilizar la fuerza. (Se irrita.) Siempre supieron más de lo que yo supe. Tampoco ahora sé por qué suceden o no las cosas... (Indignado.) Cada vez que olí tormenta cambié un ministro y al fin me quedé sin nada para negociar. (Resignado.) ¡Cómo puede negociar un gobierno que tuvo diez gabinetes en tres años!... (Pausa.) Hasta hoy, porque mañana tendré que cambiar otro par de ministros para remendar el golpe, o hacer algo peor y formar un gabinete de milicos, ¡y tendré que gobernar con un gabinete de carceleros!... (Disgustado.) Me parece que creo demasiado en mis instintos, ni siquiera quise leer por segunda vez la nota que encontré en mi agenda preguntándome cuántos días me quedan. Me pareció una irreverencia y la olvidé como olvidé que los marinos me dijeron que están en guerra conmigo. (Ruido de aviones. Se vuelve a irritar.)

¡Traidores!... ¡En vez de pelear como hombres prefieren degradar y envilecer a la gente! Por eso insisten en que renuncie, para obligarme a mendigar por mi vida, a negociar mi dignidad a cambio que me dejen huir... (Sonríe.) ¡Piensan que todavía puede importarme la vida!... ¡Cretinos!... ¡Los revolucionarios no somos cobardes!...

(Mira a su alrededor. Baja el tono de voz.)

Qué pocos somos para defender a Chile. Apenas un puñado de hombres y mujeres. (Como tocado por un golpe de electricidad.) ¡Las mujeres!... ¡Tienen que marcharse inmediatamente!... Las secretarias, Payita, Isabel, Beatriz... (Repite el nombre de Beatriz pero lo cambia por su sobrenombre, Tati.) Tati y su barriga de siete meses, con ese nieto que no sé si algún día le oiré llamarme abuelo. (Con ternura.) Cuánto quisiera que fuera así... Y también jugar con él... o ella...

(Cambia de expresión y llama por uno de los teléfonos.)

Comuníqueme con mi hija Beatriz. (Respuesta.) ¿Tati? (Respuesta.) Ya sabes qué está pasando y tú tienes que marcharte de La Moneda lo más rápido posible.

(Respuesta.) También tu hermana Isabel. Todos. (Respuesta.) No puedes quedarte. (Respuesta.) ¡Porque La Moneda pronto será una hoguera! Es el fin de

la Unidad Popular... (Respuesta.) No he dicho que sea el mío. (Respuesta.) Tienes un hijo en la barriga que es necesario que nazca y viva, ¿entiendes? (Cierra los ojos como para disasociarse de lo que acaba de decir. Responde con cierta energía a la respuesta) Si esa criatura muere porque decidiste quedarte, tú la habrás matado. Hay muchos asesinos ahí afuera para que haya uno aquí adentro y que lo seas tú.

(Suenan un teléfono)

Espera, me llaman por otra línea. (Responde al llamado.) Allende. (Lo que oye lo paraliza.) ¡Qué!... ¿Está seguro de lo que está diciendo? (La respuesta lo obliga a agachar la cabeza.) Olivares... El Perro... (Pausa. Por primera vez se lo observa trémulo.) Se suicidó porque no quiso esperar por el final... (Al fusil.) Cuántas luchas y caminos juntos... (Permanece como abrumado, pero inmediatamente recuerda que Beatriz está esperando en otra línea. Cuelga el auricular y retoma el que corresponde a Beatriz.)

¿Tati? (Respuesta. Suspira con un gesto de resignación.) Nada especial, hija, nada, noticias que ya no son noticias. Ahora lo que importa es que tú te marches. (Respuesta.) No queda tiempo para discutir. (Respuesta. Se agita.) ¡Es una orden!... (Respuesta.) Perdona, no quise ser brusco, pero es necesario abandonar La Moneda. También yo me iré pronto, te lo prometo, y tú tienes que prometerme que vivirás. Todos tenemos una misión que cumplir a partir de hoy y la tuya será vivir. (Respuesta.) La única muerte que existe es el olvido y si tú vives yo nunca moriré. (Respuesta.) Es una forma de expresarme. Yo también me marcharé. (Respuesta.) No tienes que reprocharte de nada, el único que puede hacerlo soy yo y no lo haré. (Respuesta.) También yo a ti te quiero mucho. (Profundo.) A todas las quiero mucho.

(Cuelga el auricular. Con firmeza.) Tati será mi memoria. (Camina unos pasos.) Me voy a quedar muy solo sin Isabel y Beatriz, pero no puedo sacrificarlas. No puedo sacrificar a nadie. (Al fusil.) Si hubiera nacido el hijo varón que Tencha y yo siempre deseamos tener, él estaría aquí conmigo... (Se interrumpe. Resignado.) El también tendría que marcharse.

(Con nostalgia.) Qué lejos están las noches de finales de año frente al mar en

Valparaíso con Tencha y las niñas. Las tres..., Beatriz, Isabel, Carmen Paz... Las sirenas de los barcos eran un sonido de esperanza por algo nuevo y mejor, porque los hombres les exigimos tareas mágicas a las fechas. Al fin estamos hechos de carne y sueños. (Como si escuchara algo) Ahora también están sonando las sirenas, pero el sonido es ruido de muerte.

(Mira a su alrededor.)

Como que no voy a poder ganar esta partida de ajedrez. Mi maestro Demarchi insistiría en que intente tablas, pero con qué...

(Estalla una bomba y reacciona con violencia.)

¡Qué hagan lo que quieren!... ¡Nada va a terminar con la destrucción de la legalidad y mi muerte!... Todo lo contrario... Hoy comienza algo nuevo. Los escombros de La Moneda serán el símbolo de la lucha de los trabajadores... Jamás podrán matar la dignidad en el pueblo porque es el hombre mismo.

(Recuerda la conversación con Beatriz y con un gesto de disgusto toma un auricular y hace una llamada. Habla con tono imperativo).

¿General Baeza? (Respuesta.) Le habla el Presidente de Chile. (Respuesta. Algo perturbado.) Sí, soy Salvador Allende. Es necesario un alto del fuego para que salgan las mujeres. Usted que traicionó a la patria, espero que por lo menos no sea traidor a lo que un hombre deba a una mujer. (Escucha la respuesta y se muestra satisfecho. Cuelga el auricular sin despedirse. Hace otra llamada.) Baeza prometió darles protección con un carro blindado a las mujeres para que se marchen. ¡Rápido, que no queda tiempo!... (Respuesta.) Todos deben marcharse. Las secretarias, Isabel, Beatriz, Payita... (Algo lo conmueve y repite.) Payita... (Como si conversara con alguien que está frente a él.)

Cuántas horas de mi vida calentaste con tus besos, el fuego de tus manos...

¡Cuánto de tantas cosas para recordar!... El día que nos descubrimos el uno al otro. (Preocupado.) Entonces pensé que eras demasiado joven para mí. (Sonríe) En realidad yo era demasiado viejo para tí, pero eso fue un detalle sin importancia entre nosotros. Y no me equivoqué. (Cambia de tono.) Sólo me equivoqué con los milicos. ¡Pinochet y Leigh!... ¡No puede creerlo!... Yo los nombré en sus cargos. A Pinochet hace apenas dos semanas y me aseguró que

podía contar con su lealtad incondicional. (Aumenta su cólera.) Me lo dijo de frente, mirándome a los ojos, ¡sin titubear!... El muy carajo me obligó a que lo creyera. (Irónico.) Además jamás hubiera imaginado que fuera capaz de dirigir algo tan grande como esta montaña de mierda, si de verdad es el jefe del golpe y no un alcahuete con uniforme.

(Como si recordara algo ya olvidado.)

Es la segunda vez que me equivoco con este cabrón... La primera fue olvidarme de la bronca en Pisagua. (Excusándose.) No fue culpa mía que un teniente intentara enfrentar a un senador de la Nación. Ni tampoco que al teniente sólo le importara cumplir con las órdenes de sus superiores y no la seguridad de los presos políticos a su cargo. (Pausa.) Al fin el teniente llegó a general y el senador a Presidente de la Nación. (Pausa.) Yo creía que la bronca había quedado archivada, pero parece que no. El teniente no olvidó y hoy está cobrándose la deuda, porque está ganando esta partida (señala a su alrededor indicando los destrozos. Se apresura a rectificarse.) ¡No!... ¡El teniente no está ganando!... Es un traidor y los traidores son perdedores eternos... Un traidor es un vivo que muere todos los días...

(Timbra uno de los teléfonos. Responde rápido.)

Allende. (Escucha.) Gracias.

(Cuelga el auricular y prende la radio que está sobre el escritorio.)

(Marcha militar seguida por una alocución.)

"... el señor Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile."

(Allende apaga el radio de un manotazo.)

¡Señor Presidente!... ¡Me están pasando por las huevas y me llaman señor!... (Al fusil.) No me importa perder esta batalla. Las batallas no se pueden ganar siempre, pero hay que pelearlas hasta el final.

(Se acerca hasta la ventana y efectúa algunos disparos. Retorna al diálogo con el fusil.)

Esta mañana les dije a mis edecanes que el último tiro que me quede me lo disparo aquí. (Abre la boca y señala su garganta.) Me respondieron que no lo

hiciera, pero tampoco me dijeron que ellos me defenderían. Eso es soledad... No importa, haré lo que tenga que hacer. ¡Un presidente que renuncia se degrada a sí mismo y yo siempre me respeté!...

(Se ajusta las gafas) Fui Salvador Allende siempre al derecho. No tengo que arrepentirme de nada. Acepto mis errores. No tengo pasta de héroe ni de mártir ni soy caudillo de nadie ni pude ser presidente de todos los chilenos, pero fui transparente. Nunca me importó perjudicarme porque el hombre no puede temerle a sus ideas.

(Suenan varios tiros. Trata de acercarse a la ventana, pero vuelven a escucharse nuevos disparos y debe alejarse en busca de protección. Frustrado.)

¡También los carabineros traicionaron al país!... Están ahí afuera para asegurar mi secuestro y mi muerte. Se olvidaron que su misión es proteger al Gobierno y al Presidente de Chile. Moriré con el dolor de su traición. (Pausa muy breve.) Las traiciones son puñales en el corazón. Hum... Suena a poesía, pero nunca leí muchas poesías. Sólo algunas de Neruda, Pablo, mi amigo. (Lento, triste.) Le quedan pocos días de vida. (Señala a su alrededor con la cabeza.) Ojalá que no se enteré de toda esta mierda...

(Suenan más disparos. Mira como en busca de ayuda. Resignado.)

Nadie queda ya para defender la legalidad.

(Camina unos pasos y se detiene como si algo lo hubiera contenido. Suspira profundo. Apoya una mano en la cintura. Vuelve a suspirar y levanta la cabeza en busca de aire. Finalmente hace una aspiración profunda.)

Como que el corazón está un poco cansado. (Vuelve a aspirar.) Si Payita estuviera aquí correría en busca de mis píldoras. Payita... Gracias a ella y a Tati nadie se enteró de mi ataque al corazón. (Reacciona.) Pero hoy no necesito píldoras. Sólo necesito tiempo y ya nadie puede o quiere dármelo. (Se palpa el pecho. Buscando una excusa.) Es la falta de sueño. Nadie durmió durante las últimas semanas. Cuántas veces tuve que ocultarme en un baño para dormir durante media hora. (Protesta.) Escondiéndome como los niños en las escuelas... (Se irrita.) ¡Seguro que Nixon no se desveló ni una sola noche para pincharme las ruedas! (Recordando.) Cada hora un problema nuevo que enfrentar... El país roto

en pedazos, acorralado por la derecha y la burguesía y la Democracia Cristiana con Frei a la cabeza adulando a los militares. ¡Empujándolos al golpe!... No mereció ser Presidente de Chile. Seguro que ya llamó a Pinochet para ofrecerle sus servicios... ¡Rastrero!... (Criticándose.) Fui demasiado ingenuo y no supe negociar. (Indica con un dedo índice.) El juego puede convertirse en una guerra muy violenta, si el adversario es despiadado en su lucha. Esta fue mi primera lección de ajedrez con el viejo Demarchi, pero parece que no aprendí muy bien que digamos. (Mueve los hombros para descargar el cansancio, seguido por su gesto característico de quitarse las gafas y cerrar los ojos y frotarse levemente los lagrimales.) Después que todo haya concluido tendré tiempo para descansar. (Suenan cañonazos.)

¿Que haya concluido qué cosa?... ¿La vida del Presidente de Chile?... ¿La legalidad de la nación?... (Mueve la cabeza como aceptando algo.) Me castigan por proteger a los pobres y recuperar lo que le pertenece al país... (Al fusil.) Sólo quiero que todos los chilenos tengan comida y exista una misma clase de leche para todos los niños, ricos o pobres, porque el hambre humilla, es un insulto... (Suenan cañonazos. Con ironía.) Ya estará constituida la Junta Militar que me reemplazará. (Acentúa las palabras.) Para reemplazar al primer presidente socialista de América, elegido por el pueblo en elecciones legítimas. (Eleva el tono de su voz.) Nunca se atropelló a nadie y quienes abusaron fueron la oposición y la derecha. (Indignado.) Cuando sus mujeres quisieron salir a las calles con sus cacerolas para protestar contra mí, se les permitió, pero se aparecieron con matones a sueldo armados con garrotes. (Como analizando.) Como que a estos cabros les gusta ponerle polleras a los cojones. (Recuerda algo y cambia de tono.) Cuando fui electo presidente, Kissinger dijo que los chilenos fueron irresponsables en votarme y que los norteamericanos no podían cruzarse de brazos... ¡Pues no los cruzaron!... ¡Los usaron muy bien!... Y también las manos... ¡Las metieron en todas partes!...

(Comienza a timbrar el teléfono. Se apresura a responder la llamada.)

Allende. (Escucha y se altera.) ¡Cómo!... ¡Están saqueando mi casa! (Respuesta.) ¡Imposible!... ¡No es gente del pueblo!... ¡Son los carajos fascistas!... ¡El pueblo

no saquea la casa del Presidente Allende!... (Con ansiedad) ¿Y Tencha?... ¿Dónde está mi esposa?... (Respuesta.) ¡Pues averigüe en dónde está!...

(Cuelga el auricular y como recordando.)

Tencha... Cómo me gustaron sus ojos... Era una mujer diferente a todas las otras mujeres. Quizás algo frágil. Me dijo que se llamaba Hortensia, pero que la llamara Tencha. Después, como si fuera un secreto, que era maestra de Historia. (Casi risueño.) Cuando supo que yo soy masón me dijo que un hombre moderno no puede serlo. Que masones eran los generales de la Independencia. Discutimos y nos enamoramos. (Con satisfacción.) Y comprendió cuando le expliqué porqué soy materialista, ateo, libre pensador y laico, pero que también creo en la Ley. (Fugaz pausa.) Nos convertimos en Chicho y Tencha... Un amor hermoso hasta que... (Baja la voz.) La vida es un camino con pasiones emboscadas. Aparecen amores incontrolables, la fiebre de la renovación que confunde las cosas...

Tencha sospechó la tormenta cuando estábamos en París y me propuso que nos quedáramos una temporada. Le contesté que mi realidad estaba en Chile, (un gesto de duda) sin saber a cuál me refería. (Con tristeza.) Comenzamos a separarnos. Peor. Comenzamos a tolerarnos. (Con ternura.) Pero estará en mi corazón hasta el final, todos estarán en mi corazón... (Pausa.) ¡Cuántos recuerdos! Pero pronto desaparecerán en la bruma roja que está llegando. (Como si recordara algo importante que había olvidado.) Tengo que decirle adiós al pueblo... Tiene que saber que moriré con él en mi corazón. (Atormentado.) ¡Cuántos habrán muerto ya!... ¡Cuántos más van a morir!...

(Toma un auricular y llama.)

Necesito que me conecten con una estación de radio. Tengo que hablar al pueblo. (Para sí, definitivo.) Será mi último discurso. (Respuesta.) Conécteme rápido, pues. (Respuesta.) Está bien. Usaré un teléfono para hablar.

(Se sienta y cambia de auricular. Comienza a hablar:)

Habla el Presidente de Chile. Esta es la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que traicionaron el juramento que hicieron. Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Tienen la fuerza. Podrán avasallarnos, pero la

Historia es nuestra, la hacen los pueblos. Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y en su destino. De nuevo abrirán las grandes alamedas sus cauces por donde pasa el hombre libre para construir una sociedad mejor... ¡Viva Chile!... ¡Viva el pueblo!... Estas son mis últimas palabras.

(Con serenidad coloca el auricular en su base y se levanta y comienza a caminar.) (Mira a su alrededor en busca de aprobación. Sonríe.) Tencha dice que debo acortar mis discursos y creo que tiene razón, pero Fidel siempre me gana por una nariz.

(Da unos pasos y vuelve a recordar al pueblo.) ¿Y el pueblo?... (Al fusil.) ¿Dónde está el pueblo? ¿Sabe que debe socorrer a su Presidente?... ¿Saben los obreros que sólo me queda un puñado de amigos para defender la legalidad en Chile? (Cierra los ojos como para identificar algo imaginario.) Quisiera oír el ruido del pueblo avanzando para defender la constitucionalidad del país... Pero es un sueño... (Rotundo.) No existe ejército del pueblo. El único ejército que existe odia al pueblo.

(Desde la calle llegan ruidos de vehículos de tracción pesada. Se acerca a la ventana para averiguar. Casi con entusiasmo.) Más tanques. Quieren estar seguros que La Moneda será la tumba de la democracia chilena.

(Cuando intenta alejarse de la ventana algo parece retenerlo. Señala hacia afuera adelantando el mentón.)

Casi tres años... Entonces las calles estaban llenas de gente alegre que festejaba nuestro triunfo. Le hablé al pueblo desde este mismo balcón y le hablé de un Chile nuevo que acababa de nacer. No imaginé que un día en este mismo lugar tendría que protegerme para que no me maten... (Mira su reloj pulsera.) La una y media de la tarde. Hace ya seis horas que llegué a La Moneda. Seis horas esperando por algo que no sé qué es...

(Reacciona y ordena como si alguien lo escuchara.) ¡Es necesario que comience a prepararse la resistencia!... (Comprende la inutilidad de su arenga.) ¿Acaso alguien puede escucharme?

(Suenan disparos de fusiles del otro lado de la ventana.)

No quiero que el país se ahogue en sangre, pero la sangre está en camino, es un

río tormentoso como el Cautín en invierno. (Al fusil, como previniéndolo de algo.) Nadie llegará para ayudarnos y mejor que sea así. No se podrá decir que Salvador Allende mandó al pueblo al matadero. Que yo desaparezca no tiene importancia. Los presidentes son elegidos y algunos cumplen con su mandato y otros son pateados en el culo, pero todos son reemplazables... pero el pueblo... ¿Cómo se puede reemplazar al pueblo?...

(Comienza a caminar.)

Quise ser médico como mi abuelo para cuidar de los pobres y lo soy. Creí en la masonería y soy masón. Creí que en el marxismo encontraría el camino para ayudar al pueblo y acepté sus propuestas. Cumplí con mis promesas y no dejo ninguna deuda en rojo. Prometí a mi padre ante su tumba que cuidaría de su nombre y lo cuidé. A los mineros de Rancagua les di mi palabra que en su ciudad firmaría la nacionalización del cobre y lo hice. Qué importa lo que pueda sucederme. Mi destino es mi pasado. En él están mis ideas y fervores, mis insomnios y derrotas. Mi futuro le pertenecerá a quien quiera recordarme. (Al fusil.) Sé que voy a morir porque hace tiempo olí la muerte. Como médico hice muchas autopsias y conozco su olor. (Olfatea el aire.)

(Detrás de la puerta del lateral izquierdo se oye un crepitar de fuego, se acerca y comprende.)

¡La Moneda está ardiendo!... ¡Están quemando al país y no puedo defenderlo!...
 ¿Con qué voy a defenderlo? ¿Con dos docenas de fusiles y un puñado de amigos?
 ¡La CIA les metió a estos cabrones dólares hasta por el culo para que nos asesinen!... ¡No comprenden que dejan de ser soldados para convertirse en asesinos del pueblo al cual juraron defender! (Insiste.) ¡El mundo entero tendrá que saber la verdad!... ¡Qué la CIA pagó a los camioneros para que paralizaran el país y así demostrar que con Allende no hay azúcar ni aceite! (Se calma.) Desde el primer día olfateé que la huelga era el principio de algo grande... Y lo es... ¡Es un monstruo que está devorando al país!...

(Con una leve sonrisa.) En la campaña presidencial del año 58, una noche me quedé sin gasolina y un camionero que me reconoció se detuvo y me dijo que me prestaba combustible para que pudiera llegar a La Moneda. (Abandona la

sonrisa.) ¿También él será parte de este sabotaje descarado?... ¡No entienden que empujan a la nación al borde de la guerra civil! (Pausa. Con pesadumbre.) Al fin han descubierto que pueden jaquearnos. Demarchi me enseñó que a un rey en peligro es necesario protegerlo para salvarlo, pero yo me quedé sin piezas para mover. (Se contempla las manos.) Lo siento, maestro Demarchi. (Recapitulando.) El plan de los milicos comenzó a echar raíces y creció... (Insiste.) Creció... Recurrieron a cualquier cosa para atacarnos. En el Congreso aprovecharon la mayoría parlamentaria para bloquearnos y Nixon se encargó del bloqueo de los créditos internacionales. ¡Hay que derrocar a Salvador Allende, el marxista!... (Protesta.) Pues yo quise ser presidente para cambiar este país. Para quitarle apellidos al salitre, al hierro, al carbón. Que se llamaran carbón chileno, salitre chileno... ¡cobre chileno! (Como si reconociera algo.) Tendría que haber marchado más rápido, pero no pude, no tenía tiempo para pensar ni planear. El gobierno fue un barco que hizo agua por todas partes... ¡Una lucha dura e inútil hasta hoy!... (Titubea.) ¿Y mañana? ¿Será también igual a hoy? (Pausa.) ¿Habrà mañana? (Cañonazo. Reacciona con violencia.) ¡Malditos traidores, nunca dejaron de mamar en las tetas de la CIA!...

(Disparos. Trata de acercarse a la ventana pero debe alejarse para protegerse.) ¡Cómo es posible que no pueda saber qué es lo que está sucediendo ahí afuera!... (Piensa en una alternativa imaginaria.) Quizás Prats marchó al sur y está organizando la resistencia. (Dudando.) ¿Espero un poco más? (Se contradice.) No, no puedo esperar. Me quedé sin tiempo. La Revolución se quedó sin tiempo. El país se quedó sin tiempo. (Encuentra estímulo en algo que recuerda.) Los obreros siempre respondieron y eso es lo que importa. ¡Jamás dejaré de creer en el pueblo aunque no aparezca para defender La Moneda!... (Titubea.) ¿Pero cuánto más podremos resistir sin su ayuda?... Cada minuto que pasa es una posibilidad, pero... ¿para qué? Los milicos no van a ceder. Están asustados con el comunismo y envenenados conmigo. Sólo les importa que me rinda sin condiciones. Dicen que respetarán mi vida, pero no dicen por cuánto tiempo. (Al fusil.) ¿Un día?... ¿Una hora?... En verdad soy un problema para ellos, porque no les sirvo ni vivo ni muerto, ni exiliado ni preso en el país. Pues tendrán que inventarse una solución,

porque no les voy a permitir que decidan mi destino.

(Camina unos pasos y retoma la ilusión del ejército del pueblo.)

Tampoco los mineros... (Al fusil.) ¿Para qué insisto? ¡Basta de soñar!... Además tampoco existen armas para pelear. Y si las hubiera, jamás se las entregaría a los obreros, porque su sangre no es para ser derramada en las calles. (Irritado.)

¡Milicias armadas!... ¡Algunos huevones soñaron hasta esta mañana con las armas que llegaron de Cuba!... ¿Dónde están, pues? (Con desolación.) No pude controlar tanto desorden. La confusión arrasó con todo. Cada quien quiere que las cosas se hagan a su propia manera. Así es difícil gobernar... (Repite.) Muy difícil.

(Un cañonazo lo estremece. Sin intentar protegerse se acerca a la ventana y efectúa un par de disparos y después de aleja.)

(Al fusil.) Treinta tiros para defender a Chile... Menos el último.

(Estalla una bomba.)

¡Qué caguen cuántas bombas quieran!... ¡Tengo sangre de hombres que saben morir y no los voy a traicionar! Tengo que pagar por la nacionalización del cobre y no importa cómo ni cuándo porque estoy dispuesto a saldar mi cuenta con las multinacionales. El cobre es el sueldo de Chile y el pan de los mineros y les pertenece a ellos. Todos estuvieron de acuerdo. (Excusándose.) Menos los que tuvieron que devolver lo que nos pertenecía... y Nixon se enojó. (Resignado.) Este cabro siempre ha estado enojado conmigo.

(Suenan más cañonazos.)

La Revolución se está quedando sin fuego. (Se corrige.) No. Es el fuego de los milicos que está consumiendo a la Revolución. (Pausa. Entra en un plano retrospectivo.) Muchas cosas se están convirtiendo en cenizas. Tencha esta mañana me miró en silencio. Fue un adiós sin palabras. No hubo besos ni lágrimas. Nunca como hoy sentí sus ojos en los míos tan profundos. Dijeron todo lo que no habían dicho antes. Es una mujer a quien las pasiones no la perturban ni tampoco confunde lealtades con resentimientos. Qué serenidad cuando me preguntó si Paya vendría a La Moneda y yo le respondí que sí. Comprendió que a ella ya no le corresponde morir a mi lado y calló con dignidad. Nuestros amaneceres dejaron de existir hace tiempo y esta mañana no fui capaz de

encontrar una palabra para dejársela como recuerdo. Estaba apurado. Como siempre. Fueron años apurados de noches breves y días demasiado largos. (Cañonazos. Se acerca a la ventana y dispara un par de tiros. Como si alguien lo escuchara:)

¡Hay que aguantar!... ¡Sólo quedamos nosotros para defender a Chile!... ¡Hay que obligarlos a pelear como hombres!...

(Se acerca a la puerta del lateral izquierdo y señalando algo que está del otro lado, vuelve a gritar:)

¡Por qué estos viejos de mierda miran y no hacen nada, mientras los milicos están demoliendo La Moneda! ¡Destruyan todos esos bustos inútiles, menos los de los presidentes Balmaceda y Aguirre Cerda, que fueron los únicos que defendieron al país!

(Nuevos bombazos.)

Mi defunción está firmada. Yo mismo la firmé cuando decidí que el Presidente de Chile no se rinde. (Comentando.) El presidente Balmaceda esperó a que se cumpliese el último minuto de su mandato para suicidarse, porque su obligación era no entregar la Presidencia de la Nación a media docena de asesinos, y yo no voy a traicionar su memoria... (Pausa.) ni la del viejo Demarchi. (Insiste en Demarchi.) Cuánto aprendí con ese zapatero anarquista. (Como tratando de aclarar algo.) Nuestro encuentro no fue casual, estoy seguro que me estaba esperando para enseñarme todo lo que él sabía y también a cómo defenderme y por eso me enseñó a jugar ajedrez... (Como inventariando.) Y me habló de injusticias y masacres, de huelgas ahogadas en sangre, de los mineros muriéndose toda la vida en las minas y de las mujeres pariendo en las fábricas... Quiso que yo aprendiera cómo ayudar a los chilenos a que comprendan que los hombres hacen a los países, y juntos casi lo logramos... Pero nadie quiere escuchar nuestras promesas ni les importa las necesidades del país. (Levanta la voz.) Ni la derecha ni la burguesía. (Enfatiza.) Ni tampoco la extrema izquierda. (Se ajusta las gafas.) Terminamos abriéndoles las puertas a la CIA, a Nixon, ¡a todos!... Era lo que estaban esperando para acabar conmigo desde el día en que fui elegido Presidente, porque comprendieron que se habían quedado sin la vaca

que les daba leche gratis. (Al fusil.) Hubiera querido pelear un poco más, pero con qué y hasta cuándo...

(Suenan un teléfono. Contesta.)

Allende. (Con ansiedad.) ¡Comenzaron a combatir en los cordones industriales! (Casi contento.) ¡Yo sé que el pueblo no se esconde! Lo sé porque lo conozco. Lo conocí en hospitales y bares miserables. Hasta cuando fui galán de barrio y estudiante burgués supe oler al pueblo. (Reafirmando algo que escuchara.) El viejo Demarchi me dijo que el pueblo nunca traiciona al país y no se equivocó... (Timbra otro teléfono. Cambia de auricular para responder.)

Allende. (Se altera.) ¡Ametrallaron a la gente en la carretera Panamericana Norte!... (Abrumado cuelga ambos auriculares y mira lentamente a su alrededor.) Ponerle el pecho a los tanques... Para qué...

Decide hacer una llamada telefónica.)

(Casi hosco.) ¿Las mujeres ya se marcharon? (La respuesta lo incomoda.) Quiero que se marchen por su propia seguridad y no porque me molesta su presencia. (Con esfuerzo, burlándose de sí mismo.) Nadie más que yo es partidario de las mujeres. (Recordando.) Lástima que nunca me votaron. (Retoma el auricular.) En marcha, que salgan todas... (Para sí.) Esto se acabó. (Con resignación.) Estaba acabado cuando comenzó. Los militares tienen un plan perfecto. Unidad. La sublevación del año pasado fue un ensayo para barrer nuestro proyecto. (Toma el rollo de cartulina y golpea su mano libre para acompañarse mientras habla.)

No comprendí que el golpe era cuestión de tiempo. Exactamente el necesario para ablandar a los milicos y sacarlos de los cuarteles. (Recuerda a Prats.) Hoy no está Prats para parar a los tanques con un revólver. (Preocupado por Prats.) No creo que sobrevivirá a esta locura. Es un militar demasiado honesto. (Con cariño.) Su único error fue creer en Pinochet. (Lamentándose.) Sus hijos lo llaman tío Augusto.

(Coloca el rollo de cartulina otra vez sobre la mesa escritorio y consulta su reloj.) No sé para qué quiero saber qué hora es, si no espero a nadie ni tampoco puede suceder nada ya. (Se ajusta las gafas.) ¿Quién va a venir a La Moneda? ¿Algún

general que haya escapado a la masacre de los legalistas? (Camina unos pasos y regresa al escritorio y hace una llamada. La respuesta lo sorprende.) ¡Payita!... ¿Qué haces aquí todavía? (Respuesta.) ¡Yo sé, pero tiene que ser así!... ¡No puedes quedarte!... (Respuesta.) ¡Vive y recuérdame! (Respuesta.) ¡Olvídate de mi corazón!... Todavía late. (Respuesta.) ¡Vete, Paya!... ¡Adiós! (Cuelga el auricular. Como si estuviera hablando personalmente con Paya.) Lamento que el final no sea el que los dos hubiéramos deseado. Nunca hubo tiempo para que planeáramos nuestro futuro y el país y nuestras vidas se mezclaron. (Como confesando un secreto.) No sé si alguna vez te dije que tus labios son la mejor uva chilena. No importa, nosotros siempre supimos qué significamos el uno para el otro.

(Se oyen varias explosiones. Ruidos de aviones.)

¡Nos quieren matar rápido!... (Intenta un gesto para acercarse a la ventana pero finalmente hace una llamada.) Preparen una bandera blanca y alistéense en fila para salir. Destruyan todas las informaciones personales. Un nombre y una dirección en manos de estos asesinos puede ser una sentencia de muerte...

(Cuelga el auricular. Comienza como a buscar algo.) Payita me trajo un vaso con wiski. (Vuelve a mirar.) ¿Dónde está?

(Se oyen ruidos de vehículos de tracción pesada, presumiblemente tanques, que llegan desde afuera. Señala con la cabeza a la ventana.)

Una semana atrás seiscientos mil personas festejaron ahí afuera el tercer aniversario del triunfo de la Unidad Popular, pero los milicos parece que no se asustaron.

(Suenan el timbre de un teléfono. Contesta.)

Allende. (Escucha.) ¡No pueden quedarse! ¡Todos debemos marcharnos!

(Halagado, al fusil.) Mi escolta personal quiere quedarse. Qué diferencia con los edecanes que desaparecieron apenas los autoricé para que se marcharan.

(Se da cuenta que no ha terminado la conversación telefónica y continúa hablando a través del auricular.)

Es necesario abandonar el edificio. Hemos cumplido con nuestro deber y nadie lo olvidará, ni yo olvidaré la lealtad de ustedes... ¡Pero márchense! (Fastidiado por

la demora.) ¡Cuánto tiempo perdido discutiendo con militares, socialistas, demócratas cristianos, comunistas. ¡Con todos! ¡Para qué!... Es un desgaste que consume. Al final nadie sabe nada de nada. Soñábamos con fantasías y los militares avanzaban con paso de ganso.

(Estallan bombas. Se oye el tableteo de ametralladoras. Se dirige rápidamente a la ventana para responder, pero debe retroceder para protegerse. Contempla la culata del fusil y lee:)

"A Salvador Allende, de su compañero de armas, Fidel Castro". Gracias, Fidel, pero ya no puedo defenderme. No queda ni un puñado de carabineros para intentar un gambito, como aconsejaría el viejo Demarchi. (Recordando.) Si hubiera ganado las elecciones en el año 58, este 11 de septiembre sería muy distinto.

(Se encoge de hombros.) Qué importa ya. (Alza las cejas.) Cuántos recuerdos. La marcha con los mineros... ¡Cuarenta kilómetros con mujeres y guaguas!... (Con melancolía.) La cazuela de pollo con albahaca de Mama Rosa para su Chicho. Le gustaba llamarme así. Una vez me compró un traje de marinerito pero yo no quería usarlo... Quizá fue una premonición...(Pausa.) ¿Será cierto que el hombre que no olvida vive dos veces? (Continúa recordando con nostalgia.) Los cadáveres para las clases de Anatomía en la Facultad. Los esperábamos en el 'Quitapena', el bar era algo sucio pero el dueño nos fiaba el vino. Había que estar atentos porque los cuerpos podían perder un pulmón o el hígado en el camino... La Logia y los hermanos masones. (Titubea.) Cuáles hermanos, porque algunos apenas olfatearon la tormenta desaparecieron.

(Se acerca al escritorio y abre uno de los cajones y saca los extremos anchos de algunas corbatas.)

Una broma entre amigos masones. Cuántas corbatas corté y me cortaron. Pero un día nadie cortó más corbatas porque desaparecieron los amigos masones.

(Guarda los trozos de corbata con tristeza. Al fusil:) Otro paso más para esta soledad.

(Ruido de aviones. Explosiones.)

¡Pinochet! Nunca conocerá el verdadero precio de su traición. Sabía que hoy

convocaría a un plebiscito para salvar el proceso constitucional del país y él estaba de acuerdo, por qué mezcló la legalidad con mierda. (Reflexiona.) Al fin no sé si él se apresuró o yo me demoré demasiado, como los campesinos cuando oyen tronar un volcán y no creen que estallará y esperan hasta que es demasiado tarde. El golpe estaba en el aire, se respiraba. Era una conspiración pública y sólo había que apostar al día que reventara. (Mueve la cabeza.) Pero confiaba que Pinochet enfrentaría a los sublevados y los carabineros defenderían al gobierno. Me equivoqué y estalló el volcán. (Mortificado.) Esta mañana quería conocer los nombres de los traidores... Todos son traidores, menos la media docena de generales que ya estarán pagando por su lealtad a la Constitución. (Ruido de aviones. Mira hacia arriba. Sarcástico.)

¡Leigh!... Le prometí que le compraría aviones nuevos para que tirara estos cacharros a la basura, pero parece que no son tan cacharros (como sorprendido) y tampoco sabía que los pilotos chilenos fueran tan hábiles. (Dudando.) Espero que sean chilenos y no prestados... (Camina unos pasos.)

Cuánta confusión. Cada quien tiene que decirme algo diferente que debo hacer. (Se agita.) No hay manera que los comunistas y los socialistas puedan ponerse de acuerdo. ¡Cómo pues, negociar con la oposición! (Al fusil.) Cuántos sueños, pero no son sólo míos, sino también de los mineros que huelen a miseria, de los campesinos hambrientos, de los indios mapuches que mueren cuando enferman porque tardan demasiado en llegar a los hospitales...

(Nuevos estallidos de bombas.)

¡Mierdas!... Acusan a los obreros de amenazar la paz pero están poniendo en peligro la existencia de la nación. (Hundiéndose en sí mismo.) Los obreros, los obreros... Parece un discurso aprendido de memoria pero no lo es, sólo aprendí a repetir lo que había que hacer para mejorar el país. (Pausa.) Los hombres somos soberbios y cuando nos juzgamos no podemos resistirnos a la tentación de absolvernos, pero no pienso declararme inocente de nada. Si creo que soy diferente a otros es porque supe entender la miseria ajena y nunca aspiré a la inmortalidad de una cruz.

(Más cañonazos.)

Cuántos proyectos para transformar el país y cada uno una batalla. Siempre dos bandos. Uno, construyendo; el otro, destruyendo. No me siento derrotado porque las ideas no son carne que se pudre, pero me duele tanta incomprensión y traiciones. (Remedando críticas.) Si reconozco mis culpas, soy demagogo; si las rechazo, soy arrogante; si bebo vino, soy borracho; si soy galante con una mujer, soy mujeriego; si disfruto de obras de arte, me burlo del hambre de los pobres... (Se irrita.)

¡Y qué soy por querer que el pueblo y el país vivan en dignidad!... ¿Comunista? ¿Idiota? ¡Pues soy un idiota comunista!...

(Observa el rollo de cartulina y lo recoge con preocupación. Preocupado.)

Algo tiene que salvarse. (Hace una llamada. Aliviado por la respuesta.) ¡Soy Allende!...!Antes que se marchen alguien tiene que recoger el Acta de la Independencia para entregársela a Payita! ¡Rápido!...(Abandona el auricular sobre el escritorio.)

(Toma el rollo de cartulina y se acerca a la puerta del lateral derecho. Desde el otro lado le reciben el rollo. Algo le dicen y replica:)

¡Seré el último en salir! (Se aleja rápido. Después lento, al fusil.) Estuviste a mi lado en el momento más importante de mi vida. (Acaricia el caño.) No lo hicimos tan mal, ¿verdad? Fue una buena pelea. (Como si el fusil le recriminara algo.) Tenía que ser así... Los militares no les van a perdonar la vida a quienes encuentren a mi lado.

(Mira hacia todas partes.) Entrarán en La Moneda, pero no serán dueños de nada, porque nadie nunca olvidará lo que están destruyendo hoy. (Al fusil, ahora con intensidad.) Pues los dos sabemos qué tenemos que hacer. (Casi con ternura.)

Espero que no te maltraten como lo hicieron conmigo... (Alza la mano que sostiene el arma y con paso rápido y enérgico se dirige a la puerta del lateral derecho mientras grita:) ¡Allende no se rinde, milicos de mierda! (Desaparece.) (Se oyen dos disparos simultáneos seguidos por una ráfaga de ametralladora. Las luces comienzan a descender lentamente mientras se escucha la voz de Salvador Allende:)

"El pueblo no quiere violencia; no necesita la violencia. Soñamos con una

sociedad distinta y queremos luchar por ella sin ser imitadores."

(Comienza a escucharse la música del tango "Salvador Allende" o la elegida por el director.)

Rodolfo C. Quebleen. Correo electrónico: rQuebleen@nydailynews.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires 2010

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral.

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. Correo electrónico:
correo@celcit.org.ar